

Breve historia de Zipaquirá, un pueblo rebelde

A Brief History of Zipaquirá, Rebel Town

Cristian Camilo Ortega Londoño*

Recibido: 21 - 11 - 2019 / Aceptado: 15 - 03 - 2020 / Publicado: 01 - 08 - 2020

Resumen

En este artículo se presenta un breve recorrido por la historia de Zipaquirá, un municipio de la sabana de Bogotá, en Colombia. Este recorrido nace de un proceso de sistematización de experiencias realizado a partir de un trabajo de investigación desarrollado con una organización social de esa ciudad. De igual manera, dentro de esta sistematización se realiza la construcción de un marco contextual sobre la historia de la ciudad desde la época prehispánica, hasta la actualidad. Hasta el momento no ha sido publicado un marco contextual de esas características, a pesar de que se considera de relevancia en la construcción de una historia que pocos conocen y que poco se ha divulgado.

Abstract

This article presents a brief review of the history of Zipaquirá, a municipality located in the outskirts of Bogotá, Colombia. This review comes from a process of systematization of experiences carried out from a research work developed with a social organization that inhabits in this city. Similarly, within this systematization, the construction of a contextual framework on the history of the city from pre-Hispanic times to the present is carried out. Up to date, a contextual framework has not been published, though it is relevant for contributing to the construction of a story that few know, and that so little has been shown.

Palabras clave:

Movimientos revolucionarios,
Movimientos sociales
Procesos históricos,

Cómo citar este artículo

(APA): Ortega Londoño, C. (2020). Breve historia de Zipaquirá, un pueblo rebelde. *Opinión Pública*, 14, 35-46.

Keywords:

Historical processes,
Revolutionary movements,
Social movements

Declaración de conflictos

de interés: el autor declara no tener ningún conflicto de interés.

* Licenciado en Psicología y Pedagogía Sociales de América Latina de la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Profesor del programa de Especialización en Desarrollo Integral de la Infancia y Adolescencia de la Corporación Universitaria Iberoamericana.

Introducción

El proceso de construcción de este artículo se enmarca en un ejercicio de sistematización de experiencias desarrollado en el municipio de Zipaquirá, departamento de Cundinamarca, en Colombia. Dentro de este proceso de sistematización de experiencias, cuyo objetivo fue indagar en la transformaciones de las subjetividades políticas de un grupo de mujeres pertenecientes a una organización social llamada Junto al Pueblo Zipaquirá (JPZ), se hizo necesario construir un marco referencial y contextual de esa ciudad, con el fin de conocer los antecedentes históricos, políticos y sociales que han influenciado de cierta forma la construcción de JPZ y sus orientaciones políticas.

Este artículo se enfoca principalmente en presentar este marco contextual y descriptivo de la ciudad de Zipaquirá. Se busca reconocer elementos de la actualidad, de la época prehispánica y del contexto del siglo XVIII, para finalizar con la segunda mitad del siglo XX, principalmente la década de los setenta y ochenta. Por último, se busca identificar los elementos propios de sus dinámicas históricas, así como la influencia que los movimientos sociales, políticos y subversivos lograron consolidar en la ciudad y en sus habitantes; y cómo este legado e influencia continúa perviviendo hasta nuestros días y generaciones.

Zipaquirá en la actualidad

La ciudad de Zipaquirá se encuentra ubicada a 43,1 kilómetros de la ciudad de Bogotá, a una altitud de 2650 metros sobre el nivel del mar. Tiene una extensión de 197 kilómetros cuadrados, distribuidos en 8 kilómetros de zona urbana y 189 kilómetros de zona rural.

En el censo del año 2015, Zipaquirá registró una población total de 124 000 habitantes distribuidos en 109 000 en el área urbana y 15 000 en el área rural aproximadamente. A la fecha, el municipio está dividido en 4 comunas, conformadas en total por unos 78 barrios y 2 corregimientos, compuestos por 28 veredas y centros poblados.

Esta población presenta los problemas que se atribuyen a las grandes ciudades ordenadas bajo la lógica capitalista: desempleo, poca oferta de vacantes, dado su bajo desarrollo industrial y agrario de la región; un amplio sector de su población en la informalidad o el subempleo, que se ocupa del comercio de artículos y productos como prendas de vestir, comida y entretenimiento. En la actualidad, Zipaquirá presenta un problema, mencionado por los miembros de diferentes organizaciones

sociales, respecto al uso de los suelos de la sabana. El problema radica en el abandono paulatino de la producción agraria de alimentos, para ahora usar esos terrenos como zonas francas, construcción de bodegas, cultivos de flores y construcción acelerada de condominios y viviendas.

Ese contexto nos presenta un panorama general de algunas de las problemáticas que posee esta población en la actualidad, mencionando que, además de los problemas que se presentan en el ordenamiento, también se pone sobre la mesa un aspecto relevante, a saber, que la aplicación de las lógicas neoliberales de ordenamiento del territorio cambia también las dinámicas de las ciudades capitales neoliberales a nivel micro. Esto nos permite prever qué dimensiones del desarrollo social y qué formas de construir las relaciones entre los sujetos que allí confluyen de igual manera se pueden ver afectadas en términos económicos, sociales, culturales, demográficos y políticos, además de temas como la seguridad del territorio, la exclusión social, la vida digna, el acceso a servicios públicos de calidad, a educación, salud, recreación y vivienda.

Muchas organizaciones sociales han logrado construir a lo largo del tiempo alianzas estratégicas con otras organizaciones sociales de la región sabana de Bogotá, a nivel departamental y nacional. Algunas de ellas ha logrado articularse con organizaciones sindicales del municipio, como lo son trabajadores de las minas de sal, los y las trabajadores de los cultivos de flores, el movimiento campesino y los vecinos de los diferentes barrios de la ciudad.

En la actualidad, Zipaquirá se presenta como un escenario de disputas sociales, políticas, culturales y económicas que permiten el surgimiento de diversas propuestas emanadas de la comunidad. Dichas propuestas cuestionan las lógicas de las ciudades neoliberales y todas las problemáticas que ellas conllevan, a través de diálogo y resistencia, así como con propuestas que permitan pensar en otra forma de construir ciudad y ciudadanía, vida digna y soberanía en un mundo que parece homogenizar hasta el último rincón de sus territorios.

Época prehispánica o precolonial

Chicaquicha o *Chicaquira* fueron los primeros nombres de los que se tiene registro histórico de la población hoy llamada Zipaquirá. En su concepto etimológico, esos términos hacen referencia a “pie del suegro o pie del yerno” (Zornoza, 1951, p. 8).. Originalmente este territorio pertenecía a los pueblos *chicaquichaes*, quienes, después de la llegada del Zipa Nemequene y su victoria sobre los habitantes, cambia el nombre de la población al de Zipaquirá.

Desafortunadamente, los registros históricos y culturales de los orígenes de la ciudad son mínimos y difíciles de encontrar. Sin embargo, se pueden rastrear documentos que aportan a la reconstrucción parcial de la historia y que son la base para este artículo sobre los orígenes de Zipaquirá. Ubicada en un territorio con herencia de la cultura Muisca, esta ciudad es uno de los referentes de mayor influencia en la época prehispánica. La etimología de su nombre se explica por las raíces “Zipa”, que traduce Cacique, y “Quira”, que significa “novia o esposa del cacique”. Zipaquirá se concibió como un centro

de producción y aprovisionamiento mineral. Las rutas comerciales de los muisca obligatoriamente cruzaban por allí. Las características minas de sal de este territorio hacían del cacique una figura poderosa y respetada dentro de los pueblos indígenas de la región (Colmenares, 2013).

Las comunidades Muisca que allí habitaron, de filiación Chibcha, se asentaron allí aproximadamente entre los siglos IX y X D.C. (Niño, 2013), provenientes quizás de las costas atlánticas al norte de Venezuela y de las planicies del sur y oriente del continente. Pero, antes que los muisca, se encontraban establecidos en ese territorio los alfareros de la cultura herra, quienes ocupaban un amplio territorio que abarcaba desde el Chicamocha, hasta las laderas del páramo de Sumapaz (Langebaek, 1987). Sin embargo, estos pobladores fueron absorbidos por los Muisca en su totalidad, lo que transformó profundamente la distribución geopolítica y comercial de la región y fijó nuevas fronteras mucho más delimitadas, aunque, para la época, las fronteras eran inexistentes o no eran definitivas (Niño, 2013, en Ramírez y Sotomayor, 1986-1988). Luego de la llegada de los muisca a este territorio, Zipaquirá pasa a ser parte del Zipa del sur, cuya sede de gobierno, o cacicazgo, se ubicaba en Bacatá, lo que hoy se conoce como Funza. Estas sociedades muisca se regían en cacicazgos y capitanías, que se encargaban del control de los grupos herederos y linajes, al organizar a la población según sus parentescos consanguíneos. Eran sociedades de principio matrilineal y en ocasiones ejercían la patrilocalidad y la avunculocalidad. Esto quiere decir que “si bien la mujer iba a residir con el linaje de su marido y allí nacían sus hijos, estos al llegar a la adolescencia debían vivir con su tío materno, es decir, con los de su parentela” (Niño, 2013. p. 13). Su forma de organización y posesión de la tierra estaba dada de acuerdo a los parentescos y no por residir en ella. Así, la posesión se organizaba por “capitanías”, que correspondían a un mismo núcleo familiar que habitaba un determinado territorio. De lo anterior se puede evidenciar que la posesión de la tierra no era la que determinaba la forma

de organización de esta sociedad indígena (Londoño, 1985). La propiedad privada no existía; la tierra le pertenecía a la capitania y su distribución se realizaba de acuerdo al número de pobladores que habitaran en dicho territorio.

Su principal actividad comercial y económica en el territorio de Zipaquirá giraba en torno a la extrac-

ción y comercialización de la sal, apoyada por la diversidad de productos de los que disponían los muiscas, dado su control territorial sobre diversos pisos térmicos a lo largo de la cordillera central. En la zona de Zipaquirá se juntaban importantes rutas comerciales, lo que les permitía intercambiar la sal por productos como cerámicas, pescado, alimentos de otras regiones y esmeraldas.

Reseña histórica de un pueblo rebelde

A lo largo de la historia documentada después del siglo XVIII, Zipaquirá ha sido escenario y protagonista de diversos procesos revolucionarios y la consolidación de agrupaciones y movimientos sociales, caracterizados por tomar las vías de hecho para realizar diversas exigencias a los gobiernos de turno. Con ello, le han planteado al país la necesidad de encontrar nuevas alternativas de desarrollo y garantías de derechos para sus habitantes. Tanto en las guerras independentistas, en la era republi-

cana y en la segunda mitad del siglo XX, esta ciudad ha sido escenario de disputa política y social, pues en ella se han consolidado procesos como el movimiento de Los Comuneros, hasta el famoso grupo insurgente guerrillero Movimiento 19 de abril, M-19, que vio pasar por sus filas a personajes influyentes en la política actual de nuestro país. A continuación se pretende reconstruir de manera general esta historia rebelde de Zipaquirá.

Movimiento de Los Comuneros

Durante el año de 1781, España atravesaba un proceso de consolidación del mercantilismo y de la implementación de los principios económicos, políticos y culturales propuestos por el movimiento de la Ilustración europea. Dicho proceso fue llevado a cabo por el rey Felipe V, para dejar atrás el rezago industrial, agrario y cultural en el que estaba España desde hace mucho tiempo. Sin embargo, este ambicioso plan no se llegó a cumplir, debido a los diversos conflictos internos y externos en los que se encontraba sumergida la corona y la sociedad española, entre ellos, las manifestaciones por las alzas en los tributos locales, el encarecimiento del pan y una serie de reformas que perturbaron la vida social y el desarrollo de los habitantes del país. Estos conflictos afectaban directamente su vida social e individual, sumada a la gran concentración de tierras por parte de la iglesia y la nobleza (Hernández, 2016). Sumado a todo esto, España entraría

en conflicto directo con Inglaterra por la disputa de las rutas comerciales marítimas y el control de las colonias. Ya en el año de 1778, las dos naciones se declararían oficialmente en guerra.

Empero, coste de esta guerra en términos económicos resultó elevado para España. Como medida para percibir más recursos, la corona española decidió elevar la tasa tributaria en los territorios de las colonias, lo que agravaría las crisis en la población de la Nueva Granada. Para 1788 el rey Carlos III, hijo de Felipe V e Isabel de Farnesio, implementa una serie de reformas que serán mal recibidas por la población, aumentando el descontento con sus políticas. Dentro de estas reformas específicas para las colonias, se modificó el ordenamiento de los centros de gobierno mercantil; se crearon las capitánías en las regiones neurálgicas del comercio y que dinamizaban las rutas comerciales más importantes en toda Latinoamé-

rica, La Habana, Venezuela, Puerto Rico, Guatemala, Chile, y Filipinas. Además, se decreta que todos esos puntos quedan bajo el control de un virrey, quien se asentaría en Buenos Aires (Casas, 1984, p. 19).

La nueva Granada no fue incluida en dichas capitánías, ya que, a nivel económico, se encontraba rezagada y distante del desarrollo que gozaban las otras regiones. Sin embargo, el aumento en el tributo para las colonias se dio igual en cada una de ellas. El conflicto con Inglaterra demandaba un esfuerzo militar alto, por lo que Carlos III ordenó la construcción de una flota de aproximadamente 80 barcos de guerra y el fortalecimiento de su ejército en casi 120 000 hombres. Mantener este equipo militar implicó la reforma en la política económica. Gracias a los enormes recursos con los que contaban las colonias, se creía posible obtener estos nuevos tributos y prolongar por más tiempo la guerra. En este marco histórico, las cosas en la Nueva Granada funcionaban de forma eficiente. Para el año de 1776, antes de la guerra contra Inglaterra, se nombra un nuevo Virrey, don Manuel Antonio Flores Maldonado, quien llega con la visión de dinamizar el desarrollo del territorio, a través de políticas enfocadas a la comunicación entre las periferias con el interior. Con este propósito, el virrey mandó construir nuevos caminos para facilitar el intercambio y el comercio; fortalecer los hospitales, las casas de hospicio; hizo énfasis en las costas y luchó para expulsar a los ingleses que buscaban apoderarse militarmente de los territorios coloniales españoles (Hernández, 2016).

Sumado a lo anterior, Manuel Antonio Flores se preocupó por fortalecer los aspectos agropecuarios y fomentar el desarrollo del comercio local, la producción y manufactura artesanal autóctona y la concentración de importantes sectores comerciales como las salinas de Zipaquirá y Tauta, el aguardiente y el tabaco a la Real Hacienda de España. Pero debido a la política de alzas en la tributación de las colonias, muchas de estas intenciones del virrey no se lograron consolidar, puesto que la prioridad para la corona era la guerra.

Para el año de 1780, el Virreinato anunciaba la implementación del cobro de los nuevos tributos. Sin embargo, serían dos impuestos los que darían inicio a la revuelta y posterior nacimiento del movimiento de los Comuneros. Inicialmente, los comerciantes pagaban un 2 % de impuesto sobre cualquier operación de compraventa o trueque, entre ellos, el Alcabala, que era la principal base gravamen con la cual la corona percibía la mayor cantidad de recursos en asuntos de comercio. Asimismo, se cobraba el impuesto de la armada de Barlovento que, aunque sobre el papel ya había desaparecido, se seguía cobrando por fuera de la ley. Para el 6 de diciembre de 1780, el regente de la Nueva Granada decide unir los dos impuestos y se cobran al tiempo, por lo cual los pobladores terminaron pagando en total un 4 % de impuestos sobre cualquier actividad económica en la región (Aguilera, 1985).

Esta nueva carga tributaria afectaría de forma directa a los grandes centros poblacionales de la región: Boyacá, Santander, Tolima, Huila y los Llanos orientales. La carga de impuestos afectó directamente a las élites criollas que se encontraban aliadas a la aristocracia española encabezada por el virrey, quien se encontraba en una abierta disputa con el regente enviado por la corona y quien era el encargado de aplicar las reformas tributarias. Estas medidas tomadas por el regente, a su vez y de forma directa, afectaron a las clases más oprimidas, a saber, indígenas, negros, mulatos, lo que provocó los primeros levantamientos populares y dieron origen al movimiento de los Comuneros a finales de 1781 (Hernández, 2016). Sumado a esto, las constantes agresiones y malos tratos por parte de los guardias y cobradores, así como la prohibición del cultivo de tabaco creó el ambiente para que partan de Santafé quienes serían a la postre fundadores del movimiento de los Comuneros: don Jorge Lozano, don Juan Bautista Morales, don Manuel García Olano y fray Ciriaco de Archila.

El movimiento de los Comuneros toma como referencia al levantamiento indígena que por aquella época se estaba realizando en Perú, en cabeza del

célebre Indígena Inca Tupac Amará. Este movimiento luchaba por el restablecimiento de sus antiguos imperios y la expulsión de los españoles de los territorios. Para ello comenzó a crear alianzas estratégicas entre las élites criollas y los sectores de poblaciones más pobres y oprimidas, lo que creó mecanismos de gobiernos autónomos que permitieran construir una nueva soberanía.

A diferencia de las revueltas lideradas por Tupac Amará, la consigna del movimiento de los Comuneros arengaba “¡Que viva el Rey, abajo el mal gobierno!”. Las revueltas en la Nueva Granada se dieron la ciudad de Socorro, en marzo de 1781, durante una escaramuza insurrecta por parte de algunos mercaderes en la plaza de mercado de dicha ciudad. Luego los líderes se trasladarían a la casa del alcalde, quien trató de persuadirlos, a través de la suspensión del cobro de los nuevos impuestos por un corto plazo de tiempo. Esta acción buscó menguar la naciente insurrección. Pero, para el 23 de marzo del mismo año, el movimiento se estaba organizando de forma contundente. En el municipio de San Gil, Santander, comenzaron los primeros actos de rebeldía, enfrentamientos con guardias reales, quema de documentos y decretos del regente, tomas de caballerizas de la guardia y robo de armas, y por supuesto, la omisión del pago de los nuevos impuestos (Briceño, 1880).

Estas primeras acciones concretas le permitieron al pueblo, que por tanto tiempo había estado some-

tido a las leyes y caprichos de la corona española, sentir algo de libertad y pensar en una inminente independencia. Sin embargo, estos levantamientos por autonomía no buscaban el fin de la corona, pues en aquella época era impensable una sociedad sin monarquía. Por esta razón el pueblo siguió siendo obediente y leal al rey, a la par que buscaba transformar las formas de gobierno y dar salida a los representantes de la Corona en la sociedad neogranadina.

El movimiento Comunero inicia una movilización con cerca de 20.000 personas hacia la capital de la Nueva Granada; Santa Fe era el objetivo final para hacer sus reclamaciones. Para ello atravesaron el territorio desde Santander hasta la capital, pero, al llegar a Zipaquirá el arzobispo Caballero y Góngora, se reunió en esta ciudad con los dirigentes del movimiento y se firma un pliego de 35 capitulaciones, en las cuales se establecía el cumplimiento de las exigencias del pueblo frente a temas económicos, administrativos, clericales y militares. No obstante, José Antonio Galán, uno de los líderes del movimiento comunero, disconforme con las capitulaciones, organizó un levantamiento al margen de estas, razón por la cual fue perseguido por la Corona junto a los demás dirigentes de los Comuneros. Todos ellos fueron posteriormente capturados, ejecutados, desmembrados y sus partes enviadas y expuestas en Santafé y en las diferentes provincias donde se originó el movimiento. Zipaquirá pasará a la historia como el lugar que acogió y sirvió de escenario para las negociaciones entre la corona y el movimiento.

Movimiento 19 de abril: llega el M-19

El surgimiento de los grupos guerrilleros insurgentes en Colombia se da en el marco de diferentes procesos revolucionarios alrededor del mundo y particularmente en Latinoamérica, referentes como la revolución rusa, la china, cubana y la victoria del Vietcong en Vietnam. Todos estos hechos crearon las condiciones para el florecimiento de diversos grupos insurgentes en nuestro continente, entre ellos Sendero Luminoso y Tupac Amará en

el Perú; el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros en Uruguay; y en Colombia las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-FARC-EP, el Ejército de Liberación Nacional - ELN y el Ejército Popular de Liberación - EPL. El nacimiento de estos grupos es muestra de la agitación que vivió el continente. La influencia de la filosofía marxista y la supremacía del bloque soviético en el mundo brindaban una alternativa de poder y lucha popu-

lar a los pueblos más oprimidos e históricamente subordinados a los intereses del bloque capitalista, en cabeza de Estados Unidos.

El enfrentamiento del bloque socialista contra el bloque capitalista desencadenó una ola de estallidos revolucionarios en América Latina, encabezados por la renaciente Cuba y el triunfo de la revolución en 1959. La izquierda latinoamericana tuvo un nuevo aire, en medio de procesos autoritarios, expresados en crueles dictaduras militares impuestas, en casi todas las ocasiones, con la intervención de Estados Unidos. Estos últimos buscaban frenar a cualquier costo la influencia del pensamiento marxista y de la izquierda europea en el continente.

La prohibición de los partidos políticos, la persecución a líderes de la izquierda, el asesinato, la desaparición y el encarcelamiento de los militantes de organizaciones y partidos políticos en oposición a los intereses del imperio fueron cada vez más constantes y numerosos. El inicio de la operación cóndor, financiada por la CIA con el objetivo de derrocar los gobiernos de izquierda, permitió la imposición de gobiernos militares fascistas y autoritarios, que marcaron profundamente las décadas de los setenta y ochenta en el continente. Es claro que estas dinámicas respondían a perpetuar el control geopolítico de EE. UU. sobre el continente latinoamericano, para continuar con la explotación y el control de los recursos naturales y humanos.

El fenómeno de las dictaduras se dio en casi todos los países de la región. Sin embargo, Colombia nunca pasó por esta situación, al menos no de forma directa. Esto se explica en razón de que la dictadura militar que gobernó en Colombia, en cabeza del General Gustavo Rojas Pinilla, se dio como una medida de control y pacificación al creciente fenómeno de la violencia bipartidista, surgida luego del llamado *bogotazo* en 1948. Los partidos políticos Conservador y Liberal se caracterizaban por su poca cercanía con los de Estados Unidos, quienes, gracias al pacto realizado en el Frente

Nacional de 1958, acordaron la repartición de los periodos de gobierno hasta 1974. Esto facilitó el tránsito y las reformas en el país para dar entrada a una primera fase del modelo neoliberal. Gracias a la fuerte represión ejercida por el gobierno a los movimientos sindicales, estudiantiles y campesinos, y a una fortalecida élite burguesa, enquistada en el poder y con múltiples alianzas con los norteamericanos, se dieron las condiciones para el establecimiento de las políticas y reformas necesarias para adoptar el modelo económico capitalista en el Colombia (Narvárez, 2012).

A pesar de que el país contaba con una gran reserva de divisas y de que el café llegó a su punto más alto en el mercado de exportaciones, lo que representó una segunda bonanza, la crisis por la que atravesaba el país en el gobierno de López Michelsen se prolongó por más de dos años y el peso fue perdiendo valor frente al dólar. Dicho fenómeno afectó el proceso de apertura económica que estaba atravesando el país y frenó de forma abrupta la industrialización y su capacidad crediticia (Narvárez, 2012). Estos fenómenos, sumados al conflicto armado interno desarrollado por las guerrillas de las FARC-EP, el ELN y posteriormente el EPL, contra el Estado, en busca de transformar el modelo económico y agrario del país, ayudaron a que la crisis se agudizara mucho más.

Este escenario desesperanzador fue determinante para que el movimiento social colombiano se consolidara como una fuerza social influyente en un escenario cooptado por la aristocracia de la época. El paro cívico del 14 de septiembre de 1977 fue la primera respuesta del pueblo a la crisis económica y a los malos manejos de los gobiernos anteriores y también. Esa situación marcó un precedente nunca antes visto en el país y demostró el poder de respuesta del pueblo colombiano, pues “fue una jornada de unas magnitudes inesperadas para propios y ajenos, no es menos cierto que su alcance y significación fue distorsionado con fines políticos contradictorios” (Archila y Pardo, 2001, p. 27).

Las décadas de los setenta y ochenta fueron determinantes para la consolidación de los movimientos sociales en el país. Los campesinos en lo rural, y los sindicatos y movimientos estudiantiles en lo urbano comenzaron a exigir reformas agrarias, sociales y económicas, aunque no lograron impactar de manera considerable en las agendas nacionales. No obstante, sí visibilizaron demandas en cuanto a temas de género y etnia. A pesar de que se concentraron en lo local, su resonancia se dio a lo largo y ancho del territorio, siendo víctimas también de persecución, asesinatos de sus líderes y lideresas y encarcelamiento.

En este contexto histórico y social nace el movimiento insurgente del M-19, luego del nacimiento de las guerrillas de primera generación, como las FARC-EP, ELN y EPL, de corte marxista ortodoxo. Bajo el gobierno de Turbay Ayala, en 1979, con su estatuto de seguridad altamente represivo y políticas abiertas de persecución a la izquierda, se presenta un fortalecimiento de los grupos armados ya existentes y el nacimiento de otros, quienes aportaron a ampliar los frentes de lucha organizada y romper de cierta forma el corte político existente en estas organizaciones fuertemente marxistas. Entre estos nuevos movimientos insurgentes encontramos algunos como el Quintín Lame, la primera guerrilla indígena del país; el partido revolucionario de los trabajadores (PRT), el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR Patria Libre) y, por supuesto, el M-19, que trajo a la agenda política del país nuevos debates y exigencias fuera de la condición proletaria, agraria y obrera de las guerrillas tradicionales.

Como respuesta a este nuevo auge de grupos guerrilleros y una disputa encarnada con las organizaciones dedicadas al narcotráfico, nace el grupo MAS, Muerte a secuestradores, que encarnan a la ultraderecha fascista y narcotraficante del país. De allí surgen los primeros grupos paramilitares financiados por los grandes latifundistas, empresarios, narcotraficantes y políticos. A la par de este fenómeno, se inició una campaña de exter-

minio, represión y persecución a los diferentes movimientos sociales, que tuvo su punto más alto y trágico con el exterminio sistemático del movimiento Unión Patriótica, 3 000 de sus militantes fueron víctimas del Estado, aunque extraoficialmente se habla de muchos más, en alianza con los narcotraficantes y paramilitares.

La irrupción del M-19 en este escenario político y social, como una de las guerrillas de segunda generación más icónicas de la historia, a pesar de su poderío militar y armado, le permite ganar reconocimiento debido a sus formas de accionar y sus tácticas de guerra poco ortodoxas, pero bien estructuradas, y una organización bastante efectiva que permitía a esta insurgencia actuar de forma rápida, certera y eficaz. Para el mes de enero del año 1971, el M-19 aparece en la escena político-social del país, impulsados por el fraude electoral perpetuado en las elecciones presidenciales de 1970, que tenían como protagonistas al General Rojas Pinilla, por el partido político Anapo, Alianza Nacional Popular, y al ultraconservador Misales Pastrana Borrero, que resultó ganador después de dos días de las elecciones. Este fraude generó un descontento generalizado en el país, ya que, luego de la jornada electoral, algunos medios de comunicación daban como ganador absoluto a Rojas Pinilla. Pero durante el conteo se comunicó un fallo en el servicio eléctrico y dos días después, el 21 de abril, la registraduría emitió un boletín dando como ganador de las contiendas a Pastrana (Narváez, 2012). En los días posteriores se presentaron varios levantamientos ciudadanos en diferentes ciudades del país. Hubo saqueos, asaltos, enfrentamientos con las fuerzas militares, entre otras acciones. En los medios de comunicación del establecimiento se difundió que estas acciones estaban siendo impulsadas por el partido al cual pertenecía el candidato perdedor de las contiendas electorales, a saber, el Anapo.

En este escenario, los primeros integrantes del M-19 vieron la oportunidad de impulsar una serie de levantamientos armados en los núcleos urba-

nos y, aprovechando estos episodios, es que toma el nombre de Movimiento 19 de abril. Bajo el panorama ya descrito, el M-19 se conforma a partir de militantes de otras organizaciones sociales y políticas de izquierda del país, junto con el ala socialista de la ANAPO. El M-19 se constituye como una organización insurgente anti-imperialista, nacionalista y anti-burguesa.

Los levantamientos populares urbanos caracterizaron lo que sería su estrategia de guerra, incluyendo acciones de guerra de focos, que se trasladó a los núcleos urbanos, lo que popularizó la lucha comunicativa y política a través de acciones concretas de *propaganda armada*, que buscaban ganar la simpatía de las masas. El M-19 se caracterizó también por sus estrategias de pequeñas células armadas que accionaban en diferentes ciudades y poblaciones del país. Muchas veces estas células no superaban los 10 o 15 miembros y se ubicaban generalmente en los sectores populares o barrios periféricos (Narváez, 2012). Empero, en muchas ocasiones las operaciones en esas ubicaciones resultaban perjudiciales para la organización, puesto que, después de realizar alguna acción, los mandos o militantes de la célula eran capturados en redadas militares, ya que nunca abandonaban los lugares en donde habitaban.

En términos políticos, el M-19 abandonó la lucha partidista. Para este movimiento, la conformación de partidos no era un escenario que interesara para la disputa, pues no compartía la idea de que la política y la conquista del poder fuera una lucha electoral. Al contrario, el poder debía ser conquistado por la vía armada y por medio de golpes militares contundentes que desestabilizaran al poder y construyeran un escenario social adecuado para la insurrección armada popular. Esto le dio el carácter de una guerrilla militarista:

A pesar que el M-19 intentó recoger inicialmente el legado de la Alianza Nacional Po-

pular (Anapo), no tuvo el interés de crear un partido político y no ubicó la estructura partidista como parte de su vanguardia política. De ahí que no se pueda ubicar como guerrilla de partido. Mientras que a lo largo de su trayectoria sí se observa –en su práctica– la preeminencia de mantener viva su organización político-militar, con el fin de asestar golpes armados que causaran opinión y acumularan fuerzas en la búsqueda de una insurrección general. Por esta razón se ubica como guerrilla militarista. (Narváez, 2012. P. 60)

Esta forma de actuar fue característica en todos los focos de acción que se formaron a lo largo del territorio colombiano, tanto en las grandes ciudades como en las medianas. Entre ellas podemos incluir a Zipaquirá, una población que, para la década de los ochenta, se caracterizaba por ser un núcleo urbano emergente y que se perfilaba para ser una de las poblaciones más influyentes de la sabana de Bogotá. Allí el movimiento guerrillero encontró un escenario propicio, un lugar que hacía una transición de carácter rural a urbano, debido a la constante llegada de nuevos habitantes, quienes en muchos casos provenían de regiones azotadas por el fuerte conflicto armado y se asentaban en las periferias zipaquireñas.

La presencia del M-19 en el municipio de la sabana de Bogotá se dio gracias al contacto de un pequeño grupo de jóvenes que, en el año de 1981, entraron en relación con las ideas y postulados de esa organización guerrillera. Para ese momento, el M-19 ya era reconocida a nivel nacional, por el amplio cubrimiento que los medios de comunicación hacían de sus acciones político-militares. Entre estas últimas, las más célebres fueron el robo de la espada de Bolívar en el año de 1974, el robo de 5000 armas a un batallón del ejército en el cantón norte, en 1978; y la toma de la embajada de la República Dominicana en 1980.

Todos estos episodios y otros más ayudaron a que las filas del movimiento insurgente fueran sumando militantes a nivel nacional y en aquellas agitados épocas un grupo de jóvenes zipaquireños no pasaron por alto la influencia revolucionaria. Gustavo Petro, Antonio Navarro Wolf, Carlos Pizarro y Eder Bustamante, jóvenes universitarios a quienes se les puede considerar pertenecían a la clase media, entraron en contacto con pequeños grupos sindicalistas del municipio e iniciaron contactos con los mandos del “eme”. Bajo su tutela, estos jóvenes crea una célula urbana de esa guerrilla y así inician su actuar (Salamanca, 2018).

Deslumbrados por las grandes hazañas de las otras células del “eme”, estos jóvenes se unieron con aquellos que robaron la espada de Bolívar o se tomaron la embajada. Así, al mejor estilo del “eme”, siguieron los patrones de guerra urbana de focos, pero sin tomar las armas aún. Durante los años de 1981 y 1982, iniciaron con asaltos a camiones de leche y víveres, robo de ganado, entre otras acciones. Estos recursos eran llevados a los lugares más pobres del municipio, para repartirlos entre sus habitantes. No obstante, esas acciones no los dejaba satisfechos, pues para ellos no era suficiente el impacto para mitigar las condiciones indignas en las que vivían estas personas y que diariamente se veían excluidas y violentadas por el Estado.

En 1983, Gustavo Petro, quien por aquella época ya estaba instalado en el ambiente político representativo del gobierno municipal, haciendo las veces de personero, decide junto a Pizarro, Wolf y Bustamante, acompañados de un gran número de líderes comunales y sindicales del municipio, “armarse con picas, palas y almádenas para construir las casas del Bolívar 83: abrieron carreteras, levantaron las paredes con láminas de madera, cubrieron el piso de tierra de los ranchos de las cuatrocientas familias que ocuparon el lote *El Cedro*” (Salamanca, 2018. párr. 17). Esta acción, que en los libros de historia no figura como una de las más grandes o de las que ocuparon las por-

tadas en los periódicos nacionales o en los noticieros, para los habitantes de Zipaquirá marcó un hito en la historia del municipio. Este acto de rebeldía, de levantarse contra el abandono del Estado, y ocupar, expropiar y adueñarse de un lote perteneciente a la iglesia y construir viviendas dignas para las personas más pobres instaló a este movimiento guerrillero en la memoria e historia de Zipaquirá, para bien o para mal. Fue una acción concreta que desafió al establecimiento y que mostró la influencia que poseía este movimiento en el país.

El nombre del barrio, Bolívar 83, hace referencia, por una parte, a Simón Bolívar, en cuyas ideas y principios se fundamentaba el “eme”; y, por otra, al año en que fue fundado, 1983. El barrio está incrustado en una de las colinas del noroccidente, que tuvo que enfrentarse a un desalojo violento por parte de la policía y luego soportar una batalla legal en la Gobernación del departamento de Cundinamarca. Luego de varios meses, el terreno fue concedido a título propio a cada una de las 400 familias que lo habían ocupado. Una vez titulado el terreno, se construyó la cerca, y la guardia nocturna se prolongó por varios meses (Londoño, 2011). Para ello se turnaban familias enteras y, con el paso del tiempo, a las siete de la mañana se izaba la bandera del M-19 bajo la mirada complaciente de todos sus habitantes.

La presencia de esta guerrilla no se resumió solo a este acto. También se tiene registro de otros episodios anteriores a la fundación del Bolívar 83, entre ellos la toma del matadero municipal. Se exigía que este fuera trasladado a las afueras de la ciudad, porque implicaba un riesgo sanitario para la población. Este hecho tuvo como consecuencia el lema “Palabra y acción”, que llevaba un periódico municipal que circulaba en Zipaquirá y municipios cercanos llamado “Carta al Pueblo”, en el cual participaban cerca de 30 personas entre los jóvenes ya mencionados y sindicalistas de la región; todos pertenecientes al M-19.

Para el año de 1985, el movimiento insurgente en Zipaquirá sufrió una fuerte represión militar; redadas, persecuciones y encarcelamientos debilitaron considerablemente el accionar de sus miembros. Frente a esta situación y fieles a su doctrina, muchos de los líderes, entre ellos Petro, permanecieron en el municipio y en el Bolívar 83. Ese mismo año fue capturado, encarcelado y torturado durante casi 2 años. Los otros líderes más visibles del grupo se marcharon del municipio. Muchos de ellos tomaron las armas y se internaron en las selvas hasta el año 1989, cuando se inició el proceso de paz con esta guerrilla. Posteriormente todos ellos se beneficiarían del armisticio firmado y da-

rían su salto a la vida política, con la Constituyente de 1991. Hoy en día el M-19 aún se recuerda en Zipaquirá. Al recorrer las calles del municipio, aún se pueden escuchar los relatos de muchos de sus militantes que sobrevivieron a la persecución militar. Varios de ellos, a pesar de haber sido capturados y encarcelados, decidieron volver a su Zipaquirá, en donde echaron raíces y aún militan desde los escenarios políticos. Esa participación incluye desde el apoyo a las campañas de sus viejos amigos en la carrera política, como en el caso de Petro y Navarro Wolf; o simplemente dándoles consejos y todo su conocimiento a las nuevas organizaciones sociales emergentes del municipio.

Referencias

- Aguilera, M. (1985). *Los comuneros: guerra social y lucha anticolonial*. Bogotá: Universidad Nacional,.
- Archila, M. y Pardo, M. (2001) *Movimientos Sociales, Estado y Democracia en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, CES. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ICANH.
- Briceño, M. (1965) *Los Comuneros. Historia de la insurrección de 1781*. Bogotá: Silvestre y Compañía.
- Colmenares, S. (2013). Zipaquirá, entre lo dulce y lo salado. Recuperado de <https://repository.javeriana.edu.co/bitstream/handle/10554/10873/ColmenaresTrivinoSugeyNayibe2013.pdf?sequence=1>
- Hernández, D. 2016. *Las Mujeres en el Movimiento de los Comuneros* (tesis de licenciatura). Universidad Pedagógica Nacional, Facultad de Humanidades, Bogotá.
- Langebaek, C. H. (1987). *Mercados, poblamiento e integración étnica entre los muiscas*. Bogotá: Banco de la República.
- Londoño, E. (1985). *Los cacicazgos muiscas a la llegada de los conquistadores españoles*. Bogotá: Universidad de los Andes
- Narváez, G. 2012. *La Guerra Revolucionaria del M-19(1974-1989)* (tesis de maestría)Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas. Bogotá.

Niño, C. (2013). Historia y patrimonio de la ciudad de Zipaquirá y su región circundante. Recuperado de https://carlosninomurcia.com/wp-content/uploads/2019/04/tal_inv_zipaquirira.pdf

Londoño, V. (2011). El barrio de Gustavo. *El Espectador*. Recuperado de <https://www.elespectador.com/bogota/el-barrio-de-gustavito-article-310920/>

Ramírez, M. y Sotomayor, M. (1986-1988). Subregionalización del altiplano cundiboyacense: reflexiones metodológicas. *Revista Colombiana de Antropología*, 26, 173-198.